

hubiera sido marcado por el dedo de Dios ¡cuántos tormentos se hubiera evitado! Mas el reformador debía vivir todavía para cumplir su obra, y pasar por el fuego de las tribulaciones. Ya lo sabéis, genio y desgracia, van siempre juntos.

Tan luego como Hahnemann hubo divulgado la solución del gran problema médico, las persecuciones estallaron por doquiera, sus amigos le abandonaron, los médicos publicaron que la razón se había divorciado de su cerebro, y los fanáticos alarmados, encendieron contra él, el fuego más ardiente de la oposición.

Tanto en Alemania como en Francia, la distribución legal de los medicamentos, está reservada á las oficinas farmacéuticas. No quiero examinar si los médicos no deberían poseer únicamente el derecho exclusivo y sagrado de recetar, de preparar y distribuir sus remedios; la ley ha hablado, «es duro, pero es la ley; «dura lex, sed lex. Sin embargo, es evidente, que Hahnemann, en las primeras experimentaciones de su doctrina, debía hacer y dar él mismo sus medicamentos. Con toda evidencia, ningún farmacéutico era capaz de preparar sus recetas; con toda evidencia también, ningún farmacéutico era digno de su confianza, puesto que todos habían entrado en pugna con

sus ideas. Había mil razones para desconfiar de los ofrecimientos que alguno de ellos le hubiera hecho, había mil razones, para repeler el beso de algún Judas, que le hubiera vendido por menos de doce dineros.

Suponed, en efecto, que Hahnemann hubiese confiado sus preparaciones á uno de esos farmacéuticos, ¿qué hubiera resultado? Este no hubiera distribuido sino etiquetas mentirosas. Todas las voces del interés ahogan á la voz de la conciencia, el enfermo hubiera sido engañado, el médico hubiera sido engañado, y todo ese comercio vergonzoso, no hubiera sido sino un múltiple robo, legalmente abrigado por una falsa etiqueta.

He aquí, ciertamente consideraciones tan justas como un axioma, tan claras como un rayo de la verdad; y sin embargo, todos los días, son despreciadas; ésto está en el orden de las cosas humanas. Hace como cuatro años que, en una ciudad de Francia, un médico homeópata fué atacado por los farmacéuticos, porque «daba glóbulos» á sus enfermos. En esta ciudad no existía; bien entendido, ninguna farmacia provista de medicamentos homeopáticos; el médico hacia venir sus remedios de una farmacia especial de París. ¿Qué más pò-

día hacer? ¿Estaba obligado á sacar el agua de un pozo seco?

¡Ese proceso duró cuatro años! Alternativamente la ley era favorable al médico y á los farmacéuticos. En fin, ultimamente, la Corte de Casación decidió: los farmacéuticos han ganado, y el médico fué condenado.

Sí, he aquí un proceso que, hemos tenido la felicidad de perder. ¡Y ciertamente la FELICIDAD! No me he equivocado, y no tengo por qué cambiar mi expresión.

Y, en efecto, reflexionad un momento. Ved á la Corte de Casación que, en una decisión suprema y sin apelación, condena á todo médico homeópata á recetar, y á enviar sus recetas á un farmacéutico, como lo hacen los demás médicos. ¿Cuáles aquí la intención de la ley? Evidentemente es la de no privar á los farmacéuticos de la ganancia legal que les procura «la venta» de los remedios. Ahora, ¿qué cosa es una venta? Es, en los términos del Código Napoleón (art. 1582), una convención por la cual una persona se obliga á entregar una cosa, y otra á pagarla. En este caso, ¿qué dará el farmacéutico en cambio del dinero del cliente? Dará medicamentos homeopáticos. Entonces los medicamentos homeopáticos son ALGO, puesto que la ley dice que es «preciso» comprar-

los. ¿No se ha visto y se verá jamás á una ley condenar á alguno á dar su dinero en cambio de..... NADA?

La pérdida de este proceso, es pues un triunfo positivo para la Homeopatía. ¿La Corte lo sabe? ¿Los médicos alópatas lo saben?

No, ellos no lo saben, puesto que se glorifican en sus periódicos de ese sublime triunfo.....

NECIOS!!!! Esta es su segunda victoria de Heraclea.....

Sin embargo, los farmacéuticos persiguieron á Hahnemann con las armas de la ley, y se coligaron para ahogar el germen de la nueva doctrina. Por causa de esas persecuciones, comienza aquí la nueva serie de emigraciones de nuestro maestro, de ciudad en ciudad.

En Georghenthal fué donde se puso en acción á la Homeopatía por vez primera. ¡Cuán orgullosa y altiva debe estar esta pequeña ciudad, de haber sido el teatro de las primeras maniobras del nuevo método médico! Siempre se acordará, de haber sido honrada, por el primer rayo de la verdad.

Había, en ese tiempo, en un hospital de dementes, fundado por el duque Ernesto de Gotha, un literato llamado Klokenbring, á quien un epigrama de Kotzebue hizo perder la razón. El médico ordinario, no pudo curarle, y todos los esfuer-

zos de los príncipes alópatas habían sido impotentes, para devolver el equilibrio á esa hermosa inteligencia. Hahnemann dirigió su tratamiento sobre la causa que había producido esa enfermedad y obtuvo un triunfo completo. Con este éxito, dió, á la vez, una lección á la vieja terapéutica, y demolió de antemano á las vanas objeciones de nuestros enemigos, quienes nos acusan de no ejercer, sino la medicina sintomática, con detrimento y con desprecio de las causas radicales que producen las afecciones.

La rabia de la oposición persiguió sucesivamente á nuestro maestro en Brunswick, en Keingslutter, en Hamburgo, en Eclemburgo y en Torgau, hasta 1811, época en la que apareció en Leipsick por la tercera vez.

Hasta ese día, la vida de Hahnemann se había deslizado, en cierto modo, en el retiro. En sus horas de tribulación, su espíritu nunca se entregó al desaliento. Jamás perdió de vista, ni un instante, el fin que debería alcanzar. En 1810, el edificio que el tiempo debía conservar en vez de destruirlo, surgió con sus fundamentos sólidos, desafiando á todos los viejos edificios de las antiguas doctrinas. Al cabo de años de vigiliias y experiencias, publicó la primera edición de la exposición de su méto-

do, bajo el título de «Organon de la Medicina racional.»

Aquí, yo me dirijo á los enemigos serios de la Homeopatía, y me contento con decirles: abrid ese libro, leed, meditad profundamente las verdades que él encierra, y veréis en seguida si vuestra hostilidad será siempre tan obstinada y tan amenazadora.

Se refiere que el célebre Boerhaave había ordenado en su testamento que se quemasen todos sus escritos, con excepción de un libro dorado en los cantos, y cuidadosamente encerrado en su secreter. A la muerte del profesor, fué grande el apresto de la curiosidad para romper los sellos que protegían al venerable infolio. ¡El libro sagrado no contenía sino páginas en blanco! Solamente la primera tenía estas palabras: «Conservad la cabeza fresca, los pies calientes, el vientre libre, y burlaos de los médicos.»

Reservad, pues, quien quiera que seáis, reservad vuestras sonrisas y vuestras chanzonetas para la primera página del libro de Boerhaave; avergonzáos si sois médico, y guardad el velo que esta sátira os arroja á la cara, hasta que vuestra conciencia os lleve á hojear el «Organon de la medicina racional» en donde hallaréis la verdad. Aprovecháos de este hecho, que es muy

capaz de instruiros, por la ley de los contrastes.

El «Organon» de Hahnemann ha tenido varias ediciones alemanas y francesas. Ya ha sido traducido á todas las lenguas del mundo civilizado, y ya no está en el poder de un Erostrato orgulloso quemar á ese bello monumento de las ciencias médicas.

Cuando, por la tercera vez, volvió Hahnemann á Leipsick, ya no era ni el pobre estudiante ni el joven doctor, era el MAESTRO, el gran jefe de una doctrina inmortal, el gran reformador de las viejas tradiciones médicas. Ya no era el humilde literato, perdido entre la multitud, el humilde traductor, perdido en una bohardilla; era el genio creador del verdadero código terapéutico.

Hahnemann produjo todavía otras obras que jamás perecerán. Sería muy largo enumerarlas, y sobre todo, querer dar una idea por el análisis más breve. Mencionemos solamente á sus «Tratados de las enfermedades crónicas,» y de la Materia Médica pura» Esta obra, que ya ha tenido muchas ediciones, es la más gigantesca que en la vida de un hombre se haya podido realizar. Está compuesta de seis volúmenes, y encierra como ochenta mil observaciones de síntomas variados al infinito, y pudiendo su-

ministrar los cuadros más perfectos de las correspondientes enfermedades. Agregad á todos esos materiales las nuevas piedras que los discípulos han llevado á ese edificio, y podréis formaros una idea de la riqueza de nuestra materia médica; riqueza que resaltará con toda la fuerza del contraste, si la comparáis á la materia médica antigua, que puede estar contenida,—sátira aparte,—en la primera página del mismo infolio de Boerhaave.

Hasta 1820, Hahnemann recorrió, sin desaliento, la vía de su triste destino. Las olas de la oposición subían siempre con las olas de sus triunfos; pero siempre tranquilo y firme contra el viento de la persecución, se contentaba con huir, é iba así de ciudad en ciudad á recoger nuevos desprecios.

En medio de la oposición más general y más caprichosa, hay, sin embargo, siempre un espíritu elevado que tiene el instinto de no cerrar los ojos á la luz del progreso. Después de algún tiempo el duque Fernando ofreció en Anhalt-Koehen, un asilo al innovador perseguido. Fatigado de tantas tribulaciones, Hahnemann terminó por aceptar la elevada protección del duque, para ponerse al abrigo de las injurias, y encontrar, en fin, un poco de reposo y de libertad.

Peró ¡ay! los hombres son malos por doquiera, y está escrito que al recorrer el mundo, la Verdad no puede frecuentemente hallar un rincón de tierra para reclinar su cabeza.

En esta pequeña ciudad, la tempestad fué mucho más violenta, la calumnia, mucho más turbulenta, y el fuego de la crítica, atizado con más furor. A pesar de la protección del duque, á pesar de la protección de la ley, la envidia no dejó de levantar susemboscadas; nada fué capaz de oponer un dique á la ola de la oposición. Aquí, no solamente se trató de sostener una lucha contra la animosidad de los médicos y de los farmacéuticos; todos los elementos del odio se desencadenaron contra el reformador. El populacho terminó por mezclarse, y á las burlas, á los insultos, á las injurias más groseras, el pueblo agregó el desorden más escandaloso. Se llege hasta á asaltar la residencia del innovador, y romper á pedazos las vidrieras.

En esta vez, la tristeza oprimió al corazón de Hahnemann, y se apoderó tal disgusto de su espíritu, que se hizo la resolución de no aparecer más en público. Su casa fué el reducto solitario en el que vivió durante quince años, siempre meditando las verdades de la ciencia, como los antiguos anacoretas de

la Tebaida, siempre meditando las verdades de Dios.

La tristeza y el disgusto hubieran podido por un momento invadir al corazón y al espíritu de nuestro Maestro, pero nunca el desaliento pudo tener cabida en su alma, que era de gran temple, para dejarse herir por el diente de la desgracia.

Nunca respondió á las injurias personales, su alma era muy elevada para que pudieran tocarle. Despreció siempre á las burlas, á los libelos y á los sarcasmos de los periódicos; el viento y la calumnia nunca fueron capaces de arrugar ni por un momento á la superficie de su indiferencia. Cuando sus amigos se quejaban del poco cuidado que tenía de su reputación: «¿No soy el mismo hombre que en otros tiempos habéis conocido? ¿Entonces se me incensaba, hoy se me injuria; ¿por qué seré más sensible á los injustos reproches, de lo que lo fui á alabanzas merecidas?»

Para los hombres de genio, el pasado no es nada, el presente no gran cosa, el porvenir sólo extiende á su mirada de águila, su horizonte infinito. Hahnemann en sus meditaciones profundas hubiera podido decir lo que escribió cierto día Oliverio Cromwell al coronel Norton: «Sé que Dios está sobre

«todas las lenguas malas, y que, á su tiempo, él me rehabilitará.»

¿Cuál fué la significación del majestuoso silencio del reformador?

El mismo nos lo descubre en las siguientes prudentes reflexiones:

«El verdadero sabio pisotea alegremente á las preocupaciones, á fin de hacer lugar á la verdad eterna, que no tiene necesidad del moho del tiempo, de los atractivos de la novedad ó de la moda, y de las declaraciones del espíritu de sistema, para obtener la sanción.»

«Era preciso que alguno abriera en fin la brecha, y yo lo he hecho.»

«El camino ahora ya está practicado. Todos los hombres de conciencia pueden seguirlo.»

«.....Refutad esas verdades, si podéis, haciendo reconocer un método curativo más eficaz todavía, más seguro y más agradable que el mío; no lo refutéis con palabras, de las que ya tenemos demasiado.»

«Pero, si la experiencia os prueba, como á mí, que mi método es el mejor, servíos de él para curar, para salvar á vuestros enfermos, y darle honra á Dios.»

Hé aquí la inmensa significación del silencio de Hahnemann. Ya habéis visto la lucha de todos los sistemas en el santuario del templo

hipocrático. Paracelso quiere destronar á Galeno; el humorismo, ahoga al solidismo; la célebre dicotomía de Brown es derribada por el organicismo efímero de Broussais; y este fogoso jefe de escuela, se convirtió, en su muerte, á la Homeopatía, no avergonzándose de aceptar los glóbulos.

Hé aquí la ondulación de los sistemas; las olas se persiguen, se cubren, y después desaparecen; esta es la ley absoluta que preside á la fluctuación de las hipótesis y de las teorías. Javier de Maistre ha dicho muy bien: «Todo escritor que se encierra en el círculo de la lógica severa, no falta á nadie. No hay más que una sola venganza contra él, y es el razonar mejor!»

Hahnemann esperaba, pues, en la calma y en el silencio, á una doctrina nueva que llegara á obscurecer á la suya, por su verdad más refulgente. Y esta doctrina no apareció, y no ha aparecido todavía, ni aparecerá jamás. Los alópatas son libres de esperar desde hace cuatro mil años siempre á su Mesías. Semejantes á la antigua nación Judía, que ellos esperen..... Nosotros ya no esperamos más. Ya hemos visto al Mesías de la verdadera medicina, y estamos prestos á hacernos los mártires de su religión. Tendremos nuestros tiempos

de persecución, tendremos á nuestros Nerones, á nuestros Trajanos, á nuestros Dioclecianos, pero tendremos el triunfo del porvenir.

Sin embargo, no se debe creer que el ilustre proscrito no fué jamás visitado, en su retiro, por los peregrinos del sufrimiento y del dolor. La verdad tiene una fuerza expansiva, que triunfa de la oposición más obstinada. Hahnemann vió, por el contrario, afluir á su modesto gabinete á las enfermedades de todas clases, á las enfermedades, sobre todo, abandonadas por la impotencia de sus enemigos. Tuvo gran dicha en acogerlas, y algunas curaciones, que tuvo sobre los incurables, fueron las primeras chispas de un vasto hogar, que no tardó en radiar en todos los países vecinos. Su clientela se hizo inmensa, y, cosa notable, curando á varios médicos de ciertas afecciones, contra las que los métodos antiguos, los habían dejado sin socorro, fué como formó á los discípulos más ardientes y más esclarecidos. De esta manera fué como después de su curación y su conversión, los doctores Necher, Aegidi y Petersen, llegaron á ser los apóstoles de la Homeopatía.

Por esa época, es decir, en 1827, Enriqueta Kuchler murió, dejando á Hahnemann una numerosa familia.

Durante la viudez de Hahnemann, una joven de París, la señorita Melania d'Hervilly, fué á Koethen, para pedir á la nueva doctrina la curación de una enfermedad, que los médicos habían declarado incurable. La Homeopatía la curó; y esta joven, de una familia muy distinguida, de un talento notable en la pintura, poseyendo varias lenguas, y sobre todo, una gran fortuna, quiso casarse con Hahnemann, á la edad, entonces, de 79 años. El matrimonio se verificó el 18 de Enero de 1835, y, por puro reconocimiento, esta sublime madrastra, dió toda su fortuna á los hijos de su esposo.

Este matrimonio abre el último período de la vida de nuestro maestro ilustre.

Por instigación de su joven esposa, dejó á Alemania y eligió á Francia por última patria. El 25 de Junio de 1835, Hahnemann llegó á París, último término de sus penosas y muy numerosas peregrinaciones.

Reflexionád un instante respecto á la singularidad de las circunstancias, respecto al capricho del carácter del pueblo, y respecto á la locura del destino.

Al saber que el ilustre proscrito vá á abandonar su retiro, ¿qué esperaréis de los habitantes de Koethen? ¡Admirad aquí toda la fuerza, toda

la expansión de la verdad. La multitud se conmueve, se reúne y quiere retenerle á la fuerza. Hace quince años, era la rabia de la oposición, hoy es el furor del entusiasmo; hace quince años, eran las olas de la envidia para sumergir al innovador; hoy, son las olas de la admiración y del reconocimiento, para retener y encadenar al bienhechor.

¡Extraño capricho de las cosas humanas!

Hahnemann se vió obligado á partir de noche, para sustaerse de las instancias de un populacho que, antes quiso lapidarlo; para sustraerse de la solicitud de sus conciudadanos quienes, en otro tiempo, se hubieran disputado el honor de suministrar los clavos y el martillo para crucificarle.

¡Extraño capricho de las cosas humanas!

Al llegar á París, Hahnemann encontró á algunos discípulos, que ya practicaban su doctrina. Pero ¡ay! ellos eran todavía bien débiles y desconocidos. El primer cuidado del Maestro, fué pedir la autorización para ejercer la medicina, autorización que le fué inmediatamente concedida, y en ello no hay nada sorprendente. Pidió también inmediatamente la autorización de someter su doctrina á las pruebas públicas y legales, y la autorización

le fué inmediatamente rehusada, y en ello tampoco hay nada sorprendente. Este es el destino de toda verdad, que viene al mundo.

Voy á volver, lo sé, sobre una idea que ya he desarrollado en una de nuestras primeras conferencias, pero no importa, quiero emitir, aquí, esta sencilla reflexión. Ella no será inútil, porque el asunto vale la pena.

Hahnemann y sus discípulos han pedido y piden todavía, su asiento al sol de la enseñanza oficial, y este asunto les ha sido rehusado; esto es muy sencillo, ved cómo.

¿A quién se debe consultar en este negocio? A los médicos. A los profesores ya instalados en sus clases. Esto es claro, porque no se puede dirigirse á un consejo de abogados para juzgar de una doctrina médica. Pues bien, todos esos profesores están interesados en que la Homeopatía no llegue á la enseñanza; es claro; en ese jnicio á puerta cerrada, son jueces y partes lo que es contrario, á todas las leyes posibles.

¿Queréis un ejemplo, para mejor comprender este razonamiento?

Suponed pues que, cuando se trató de introducir los ferrocarriles en Francia, se hubiera dicho á los jefes de posta, se reuniesen todos en un consejo, y decidiesen

en pro ó en contra respecto á las vías ferreas; pronto adivináis su juicio; ellos hubieran rechazado á las locomotoras, para el mantenimiento de sus diligencias. Esto es evidente.

Ahora bien, en las cuestiones de la Homeopatía ¿queréis que los antiguos profesores sean más imbéciles que esos dueños de posta?

¡Paciencia!.... ¡Ya vendrá!....(*)

Cuando San Pablo llegó á Efeso, obró, por su celo y sus discursos, un gran número de conversiones. Pues bien, en esa ciudad había un templo famoso dedicado al culto de Diana; y los plateros fabricaban pequeñas representaciones de ese templo y de la estatua de la diosa. Esas obras de plata seducían al pueblo supersticioso, que era hacía mucho tiempo la víctima de la más injusta explotación.

Pero, á medida que el apóstol de las gentes abría los ojos de ese pobre pueblo, el culto de la diosa disminuía, y la venta de la efigie de su templo y de su estatua iba también disminuyendo con la superstición. Viendo esto, un tal Demetrio reunió á todos los plateros de

(*) El pronóstico del autor se ha cumplido en México, lo que se debe al espíritu libre del finado Lic. Manuel R. Rubio y al carácter independiente del Primer Magistrado de la Nación General Porfirio Díaz La enseñanza de la homeopatía es oficial en nuestra patria desde hace cinco años.—(N. del T.)

la ciudad y les dijo: «Mis caros colegas, lo veis, si dejamos más tiempo á este hombre sobre la multitud, se pierde nuestra industria.»

La advertencia pareció justa y buena, el pueblo se amotinó contra el apóstol, le buscó luego para exponerlo á las fieras en el Anfiteatro, y San Pablo se vió obligado á partir para la Macedonia.

¿Todo esto impidió la marcha del cristianismo?

Hahnemann reanimó á sus discípulos con todo su celo, y trabajó hasta sus últimos días á fin de delegarles la mayor parte posible del tesoro de la verdad. A pesar de su avanzada edad, conservó hasta su última hora toda la integridad de su inteligencia. La muerte no hizo más que cerrar á su espíritu, como se cierra un libro después de haberlo leído.

Samuel Hahnemann murió el 2 de Julio de 1843.

¡Murió!.... El hombre y su doctrina cayeron en la balanza del destino. ¿Cuál será el porvenir del hombre? ¿Cuál será el porvenir de la doctrina?

«Parto en el momento en que el espectáculo se va á hacer más interesante, decía Gay-Lussac en su lecho de muerte, de aquí á algunos años, el genio del hombre habrá renovado al mundo. Quisiera tener una contraseña, y, como

simple espectador de las cosas, vivir por curiosidad.»

Hé aquí lo que hubiérais podido haber dicho ¡oh inmortal Hahnemann! Dentro de algunos años vuestro genio habrá renovado al mundo, y desde lo alto de los cielos veréis la irradiación de vuestra doctrina en todas las comarcas del universo!

Hahnemann tiene su estatua, lo sabéis, pero su estatua no le pone al abrigo de los tiros de la crítica. La crítica ha sido creada para herir á los grandes hombres, y sus llamas están destinadas á purificarles. Nuestro ilustre Maestro debía pasar por esta purificación.

En la impotencia de atacar al cuerpo de su doctrina, se reprochó primero á Hahnemann el no haber inventado nada.

Se quisiera atribuir á Hipócrates el «principio de los semejantes,» á Paracelso el dinamismo «de los medicamentos,» á Areteo, la «ciencia de la sintomatología,» en fin, á otros teóricos célebres, antiguos ó modernos, los diversos elementos de nuestra doctrina.

¿Qué se puede probar con todos estos argumentos?

Ya os lo he dicho: el hombre no inventa nada, en la acepción «radical» de la palabra; las verdades son eternas; la gloria de un hombre de talento, no es el crearlas,

sino el coordinarlas y reunir las en un cuerpo de doctrina, y hé aquí en lo que consiste el mérito de Hahnemann. ¿Alguno, antes que él había erigido en principios fijos, encadenándolos á otros principios correlativos ó solidarios, á todos los elementos que componen su doctrina? Los materiales existían, es verdad, ¿pero, alguno, antes que él, los había dispuesto en monumento? Las fracciones existían, ¿pero, alguno, antes que él, había constituido la UNIDAD?

¿Se ha pensado alguna vez reprochar á Leibnitz no haber inventado las cifras? ¿A Newton no haber inventado las estrellas? ¿A Galileo no haber inventado la tierra y el sol? ¿A Cristóbal Colón no haber inventado la América? A Harvey, no haber inventado la sangre? ¿A Cuvier, no haber inventado las razas de los hombres y de los animales? ¿A Arago, no haber inventado la chispa eléctrica, cuya corriente imanta al hierro dulce? ¿A todos los hombres de talento, en fin, no haber inventado los principios, cuyas nuevas relaciones han proclamado?

Se ha reprochado á Hahnemann no saber anatomía. Pero ¿qué relación hay entre la anatomía y su doctrina? ¿Por lo demás, qué mérito hay en saber bien la descripción del cuerpo humano? ¿Qué mé-

rito hay en saber bien la geografía ó la descripción de la tierra? Todo esto, no es sino negocio de tiempo y de memoria. He aquí por qué— «el genio quirúrgico aparte» —debe de hacerse tanto caso de un buen ebanista, por ejemplo, como de un buen cirujano.

Se ha llegado hasta reprochar al Padre de la Homeopatía no saber fisiología.—Se ha llegado, como lo habéis visto, hasta reprocharle no saber química. Aquellos que han levantado esas acusaciones, prueban muy sencillamente, que no han leído las obras de Hahnemann. Semejantes hombres, no merecen refutación, dejémosles dormir en su ignorancia, ó en su ceguera, Pascal lo ha dicho: «Nuestro propio interés es un maravilloso instrumento para reventarnos agradablemente los ojos.»

Se ha dicho todavía que el Maestro de la Nueva Escuela era de un carácter duro, severo y malévolo. Aquellos que conocieron su vida íntima, los que conocieron, sobre todo, sus sentimientos religiosos, se indignarían profundamente de una calumnia tan baja.

Se ha pretendido que Hahnemann no había venido á París, sino por el incentivo del oro, y que al dejar Alemania se había propuesto explotar las bolsas francesas.

Si así hubiera sido, se le podría reprochar no haber tenido éxito, puesto que sus hijos fueron sostenidos por la fortuna de la señorita d'Hervilly. Pero, no. Hahnemann no dejó riquezas. El no dejó, en su muerte, los siete millones de Dupuytren, ni los cuatro millones de Boerhaave, porque él no ganó los cien mil francos de Chomel ó de Ricord.

Finalmente, la calumnia inventó que nuestro ilustre Maestro había perdido el seso, y que murió en un hospital de locos. El profesor Requin, aprovechando quizá esta idea, hizo del innovador un cuadro en el que prodiga los colores más chillantes. Concluyó, sin vergüenza, que Hahnemann tenía el espíritu falso, que no propaló más que sofismas, paralogismos y paradojas; que su obra no terminó sino en producir un gran escándalo; en fin, que el no fué más que un pretencioso, un charlatán y un loco!.....

Requin no hace más que probar hasta dónde puede conducir la pasión de una elevada dignidad, al verse amenazada en su trono por una potencia rival.

«.....Tantaene animis coelestibus irae.»

Tanta rabia cabe en el vientre de un «Tiburón.» (En francés «Requin.»)

Nuestra doctrina jamás se asus-

tó por esta rabia, cuando rechazó la Escuela representada por Requin.

«La ola que le llevó retrocede espantada.»

Hahnemann murió, y ¡hé aquí los tiros que la calumnia se complace en lanzar contra su estatua! Pero todos esos tiros caen embotados sobre su pedestal.

A todos esos calumniadores me contento con recordarles á ese personaje del que habla Mme. de Sevigné, el cual, condenado á ser ahorcado en efigie, asistió él mismo á su ejecución, y decía friamente al verdugo:—Muy bien ves, que ese muñeco, tan pintarrajeado, absolutamente se me parece.....

¿Debo hablar de esos escritos que vomita la envidia contra nuestra doctrina? De tiempo en tiempo vemos nacer y morirá esos libelos, semejantes á una tela que tejieran las arañas al derredor de una encina. Dejémosles desvanecerse... Es asunto del soplo del menor vienteillo.

Todavía hace algunos días, uno de esos libelos nos ha sido traído por la marejada de la calumnia; dejémosle en la playa. Nacido de la espuma de una ola, durará tanto como la espuma, y desaparecerá como la ola.

Ciertamente es bueno y dichoso para nuestra doctrina, que nuestros enemigos lancen al mundo semejantes publicaciones; así, ellos mismos se encargan de probar, á quien quiera saberlo, que no comprenden lo que quieren juzgar. ¿Qué hacen ellos? Son el eco de todo lo que la ignorancia ó la envidia pueden decir contra la Homeopatía.

¿Qué debemos hacer nosotros? Dejarlos dormir. «No hay nada tan «peligroso, dijo Lamartine, como «el razonar con los ecos, porque ellos no son responsables de lo «que dicen»

Ah! Dios mío! Si quisiéramos ir al fondo de las cosas, encontraríamos que todos los autores de esos libelos, no son sino unos nuevos Erostratos, queriendo pasar á la posteridad, quemando el templo de Efeso.

Creedme, pues, dejadlo en el olvido.

Hé aquí terminadas nuestras conferencias. Que hagan ellas todo el bien que yo he querido hacer, es todo lo que pido á Dios. Para un gran número, lo sé, habré hablado en el desierto;—pero,—como dice un sabio publicista—cuando se clama en el desierto, ¡siempre se es oído de Dios y de su conciencia!

FIN.

HIPÓCRATES DEFENDIDO

— POR EL

Dr. Miguel Boix y Moliner.

— 1903 —

Obra incomparable de verdad, erudición y buena fe.

Es un ariete intelectual formidable, para arrasar toda clase de preocupaciones en medicina.

— Precio \$ 3.00. —

De venta en el Gran Centro de Publicaciones Españolas y Francesas.

— 2ª. DE LA PILA SECA NUMERO 3. —

MEXICO